

Casa llena

por: Estela Leñero

Personajes

SARA

MARTIN

Escenografía

Un departamento pequeño constituido por una estancia. Del lado izquierdo está la puerta que conduce a la calle; y del lado derecho la que conduce al baño. Al fondo se encuentra un sofá, un ropero y una cama con buró. En el centro está una mesa con dos sillas. Enfrente a la derecha una estufilla y una pequeña alacena.

En algún sitio se encuentra una bicicleta fija para hacer ejercicio, un teléfono y un burro para planchar.

Escena 1

Martín se encuentra recostado en la cama leyendo un libro. Usa lentes. Empieza a oscurecer. Transcurre tiempo. Se oye una llave que entra en la cerradura de la puerta. La puerta se abre y entra Sara con varias bolsas en la mano.

SARA: ¿Y 'ora, qué haces aquí?

MARTIN: (Se incorpora) Ya ves, visitando a las estrellas. (Pausa). ¿A poco a estas horas todavía está abierto el super?

Sara permanece inmóvil con los bultos en las manos.

MARTIN: Bueno, no es para tanto, tan siquiera deja los bultos en el suelo.

Martín se levanta para ayudar a Sara.

SARA: Son mis cosas, yo las alzo.

Sara termina de acomodar las bolsas sobre la mesa.

Transcurre tiempo.

SARA: ¿Cómo entraste?

MARTIN: ¿Qué es lo único que puedes decir al verme?

SARA: Yo nunca te di las llaves.

MARTIN: Ya lo sé.

SARA: Entonces, ¿cómo entraste?

MARTIN: Por la puerta.

SARA: Ya, no te hagas el simpático y dime cómo entraste a mi casa.

Pausa.

MARTIN: (Sin querer decirlo) 'Pus la portera.

SARA: (Asombrada) ¿Concha?, ¿Concha te abrió?, qué poca, ¡qué poca de Concha!

MARTIN: Ya ves, por eso no te lo quería decir.

SARA: Híjole, nunca pensé. (Pausa). Nunca la creí capaz. (Pausa). Me imagino que le tuviste que echar un rollo.

MARTIN: (Con más confianza) Sí, no quería. Decía que te ibas a enojar, que, que ya no le ibas a querer hablar, que, ¿qué?. Bueno, que quién sabe que tantas cosas. Y como sabrás, yo le dije que te necesitaba ver, que era urgente, que mañana tenía un examen y me urgían unos libros que tú tenías . . .

SARA: (Interrumpiéndolo) Y te creyó.

MARTIN: Sí, casi le lloro.

SARA: Y entraste

MARTIN: Por supuesto

SARA: Mmmm

Transcurre tiempo en silencio. Sara se levanta y lleva algunas cosas de las bolsas a la alacena. Martín disimuladamente trata de ver lo que hay dentro de las bolsas.

SARA: (Regresando a la mesa) Qué demonios esculcas. (Arrebatándole la bolsa) Es el super.

MARTIN: Tenía curiosidad de saber qué comes.

Sara empieza a sacar cosas de las bolsas para acomodarlas en la mesa. Va diciendo el nombre de cada cosa en voz alta. A pesar de los comentarios de Martín, Sara no interrumpe la acción.

SARA: Sopa ramen, frijoles de lata,

MARTIN: Huácala

SARA: Pollo, sopas de pasta, cocas,

MARTIN: ¿Agua negra con gas?

SARA: Un cepillo

MARTIN: (Toma el cepillo y se peina) Estos sí duran

SARA: Kleenex, kotex, papel de baño y un regalito (Busca al fondo de la bolsa, saca unos broches de pelo y los pone en la mesa)

MARTIN: Huy, que regalote

SARA: Pues sí. Antes, cada vez que iba al super me compraba una falda, o unos chocolates, o algo así que tuviera muchas ganas. Ahora, (Toma los broches y los observa) casi casi que esto es un regalito de consolación.

Sara va al espejo, se cepilla el pelo y se pone los broches. Martín la obseva.

MARTIN: Para ser regalo de consolación no está tan mal.

SARA: No te burles.

MARTIN: ¿Si tú lo dijiste?

SARA: Bueno, yo

Se quedan callados sin saber qué decir. Sara empieza a recoger las bolsas vacías. Martín lee lo que dice la lata de frijoles.

MARTIN: (Despectivo) ¿Y esto es lo que comes?

SARA: (Le arrebatata la lata y la lleva a la alacena) Me lo como yo, no tú. Además tú tienes quien te haga la comida. A mi si apenas me da tiempo para comer

Sara abre una coca y se la sirve en un vaso. Regresa a la mesa.

MARTIN: ¿Y yo?

SARA: ¿Es agua negra con gas, ¿o no?

MARTIN: Lo que pasa contigo es que siempre andas a las carreras. (Pausa).
Y por cierto, ¿sigues llendo a correr?

SARA: Nada más dos veces a la semana

MARTIN: ¿Y te gusta?

SARA: Sí. Ahora es más padre porque corro con mi vecino. Empezar el día así me gusta.

MARTIN: ¿Cómo, viéndole la cara a tu vecino?

SARA: Corriendo, haciendo ejercicio. En los viveros hay un montón de árboles.

MARTIN: Ya lo sé

SARA: Pero cuando uno está corriendo se ven muchos más.
Vuelta tras vuelta. El único problema es el levantarme temprano para que me de tiempo de regresar a mi casa, bañarme, desayunar y llegar puntual al trabajo.

MARTIN: ¿Y qué no puedes irte después de correr directamente al trabajo?

SARA: ¡Ay, cómo crees, me corren!

MARTIN: ¿Por?

SARA: ¿Cómo voy a llegar en pants?

MARTIN: Andar en pants es comodísimo. Pero sí, tienes razón. Si llegas en pants nadie te quitaría los ojos de encima. Empezarían las burlas, los choteos, y el jefe hasta podría llamarte la atención. Pero son re cómodos. A mí me gusta usarlos el fin de semana cuando no voy a salir. (Pausa). El color que tienen no me gusta. La verdad te falló.

SARA: Lo que pasa es que tú eres muy delicado para la ropa.

MARTIN: ¿Quién se va a poner unos pants amarillos?

SARA: Mi vecino

MARTIN: Ah, ¿qué también le regalaste unos pants amarillos?

SARA: ¡Ay!, el ya los tenía

MARTIN: Pues qué mal gusto

SARA: Mal gusto que se pongan blusas con florecitas o con rombos

MARTIN: Si yo uso de esas

SARA: Ya ves, cada quien tiene sus gustos

Pausa corta. Sara mira el reloj y Martín observa detenidamente el departamento.

MARTIN: Hasta eso te quedó bien. Se ve que te gusta al amarillo

Sara se levanta de la mesa; recoge latas para acomodarlas en la alacena. Martín intenta acercarse a Sara. Ella lo ignora y continúa su acción. Martín se sienta y la observa trabajar.

MARTIN: ¿Cada cuándo vas al super?. (Ante el silencio de Sara): ¿Eh?

SARA: Una vez a la semana

MARTIN: Yo antes también iba una vez a la semana, pero como siempre me pasaba algo malo, ahora voy cada mes y eso sí me va bien.

Sara se sienta en la mesa

MARTIN: De veras Sara. Hasta llegó un momento en que me persignaba antes de entrar al super. (Sara río sin querer). Si no se le caía una llanta al carrito, chocaba con una señora, o tiraba la mayonesa. Ya ves que la mayonesa siempre está en oferta y la ponen en las esquinas. (Pausa). Un día casi lloro. Iba al super muy campante a comprar pasta de dientes, vasos que se me acabaron en la última fiesta que hice, y azúcar. Compré la pasta y los vasos. Faltaba el azúcar. Hice una cola de quince minutos, hasta que por fin tocó mi turno; entonces pensé: si ya hiciste tanta cola, de perdís comprate cuatro kilos. Al final de cuentas compré cinco. Pongo las bolsas en el carro, y como casi no había gente que empiezo a correr con el carrito. De repente me acuerdo que las cajas están a la izquierda, doy la vuelta forzada y que el carro se cae. Todos los vasos se rompieron y toda el azúcar estaba regada. Tenía un montón de pena. Volteé para todos lados y no había nadie. Escondí los vasos rotos debajo del estante y empecé a recoger el azúcar. Para mi mala suerte se aparece un niño. Se me

queda viendo. Yo seguí recogiendo el azúcar sin hacerle caso, pero él me dice (cuando habla el niño imita su voz) lo que se cae al suelo ya no se come porque se lo chupó el diablo (Sara ríe). Lo veo y sigo recogiéndola. El insiste, ya se lo chupó el diablo. Lo volteo a ver y le digo: vete con tu mamá niño, que te ha de andar buscando. Y me contesta: mi mamá dice que todo se lo chupa el diablo. Dile a tu mamá que eso no es cierto. Y el niño insiste: ya se lo chupó el diablo. (cantando con voz de niño) esta azúcar ya no sirve, se la chupó el diablo. Yo en ese momento estaba histérico. Cállate niño, ya cállate; y como no entendía que me paro y le doy un pellizco. (Sara ríe) y el pinche niño que empieza a chillar (Sara ríe más fuerte). Toda la gente se acerca y me mira; yo recogiendo el azúcar y el niño chilloteando. No sabía qué hacer. Llega la mamá, el niño me acusa y me empieza a echar un rollo. Yo ya no soportaba. Me paré y me fui. La dejé hablando sola. Pero la señora con su voz, de pito cada vez gritaba más fuerte. Todos me veían, estaba rojo de la pena y el coraje; hasta que de pronto me paré, volteó a ver a toda la gente, vi de lejos a la señora y le grité: pinche vieja loca (Sara ríe). Salí corriendo. (Pausa). No vuelvo a ir a ese supermercado. (Pausa larga). ¿Tú crees?

SARA: Sí, sí creo

Sara mira el reloj, se levanta de la mesa y arregla cosas en la alacena.

MARTIN: ¿A tí no te ha pasado algo parecido?

SARA: Por suerte no. A una amiga sí.

MARTIN: ¿Qué?

SARA: Algo parecido pero en Liverpool

MARTIN: Ahh. (Pausa). Pero qué

Sara regresa a la mesa y trae en sus manos un plato con pan dulce.

MARTIN: ¿Eh?

SARA: Me da flojera contarte

MARTIN: (Probando el pan) Este si es bueno.

SARA: Es de Oaxaca

MARTIN: Con razón. ¿Fuiste hace poco?

SARA: Sí

Silencio

MARTIN: Antes íbamos muy seguido, ¿verdad?

SARA: Antes

MARTIN: Madrugábamos para llegar a comer. (Pausa) Tengo ganas de volver a probar en el mercado esos tamales. Nunca se me va a olvidar. ¿Qué partes visitaste?

SARA: Lo de siempre. Montealbán, las pirámides, el mercado y a Doña Carmen.

MARTIN: (La interrumpe) ¡Doña Carmen! ¿Cómo está?

SARA: Bien, preguntó por ti

MARTIN: ¿Y qué le dijiste?

SARA: Nada

Pausa larga

MARTIN: Me gustaría ver otra vez a doña Carmen. Era rebuena gente (Pensativo): doña Carmen

Sara se dirige a la cocina y empieza a lavar trastes.

SARA: ¿Qué horas son?

MARTIN: Quién sabe

SARA: Ya ha de ser tarde

MARTIN: Lo que pasa es que ahora oscurece muy temprano.

Mientras Martín habla, Sara intenta cerrar la llave del agua y no lo logra. Hace esfuerzos, hasta que el agua empieza a chorrear. Martín interrumpe su monólogo.

MARTIN: Hasta eso me gusta que oscurezca temprano. Pareciera que la noche es tan larga que uno puede hacer mil cosas. Hasta no se sabe qué horas son. Por ejemplo ahorita, ni tú ni yo tenemos idea de la hora. No hay prisas, preocupaciones ni nada. Mi papá no podía vivir sin su reloj; todo el tiempo preguntando la hora: mi'jito qué horas son, mi'jito qué horas son. No le importaba si oscurecía temprano o tarde. Las ocho eran las ocho, con sol o con luna. El se levanta todos los días a las siete de la mañana. Un día le adelanto el reloj y se le

vanta a las seis. Por primera vez se dió cuenta que estaba oscuro. No lo podía creer. Yo lo miraba hasta que me ganó la risa. Se dio una enojada. (Pausa). ¿Por qué no te da risa?, es chistoso. (La vòltea a ver) ¿y ese chorro?

SARA: (Desesperada) ¿Qué no ves que no puedo cerrar la llave?

Martín corre a ayudarla

MARTIN: A ver, déjala

SARA: Sácate unas jergas

MARTIN: Deja, y ve por unas pinzas

Sara corre a buscar unas pinzas. Martín intenta cerrar la llave. Sara regresa con las pinzas y se las da. Saca unas jergas para secar el agua.

MARTIN: Esto sí que está difícil

SARA: Hacía mucho que no pasaba

MARTIN: La tuerca está floja, pero no puedo apretarla

Sara exprime las jergas en una cubeta

SARA: Voy a llamar a Concha

MARTIN: No, espérate, ya estoy pudiendo

SARA: Ella trae un plomero

MARTIN: Eso le cuelga. Ya casi está

Sara continúa exprimiendo las jergas en la cubeta.

MARTIN: Listo

Los dos están exhaustos. Se sientan en las sillas.
Transcurre tiempo.

SARA: A ver si no se echa a perder el piso.

MARTIN: Es nada más una mojadita, ¿o qué sucede muy seguido?

SARA: No

MARTIN: La rosca de la tuerca está gastada, ojalá te dure

SARA: ¿Hay qué cambiarla?

MARTIN: Por ahorita no. Que me late que el agua se derrama según el estado de ánimo que estés

SARA: Tal vez

MARTIN: No hagas corajes, es la única condición para que esa tuerca te dure

SARA: Mejor la cambio

MARTIN: Corajuda la muchacha

SARA: Ya

MARTIN: Esa tuerca todavía dura

SARA: ¿Qué horas son?

MARTIN: Quien sabe; tú eres la del reloj.

SARA: (Ve el reloj) Si, ya es tarde. Mañana tengo que hacer muchas cosas y quiero levantarme temprano

MARTIN: Pero si no hay trabajo

SARA: Precisamente

MARTIN: A mí esos días me gustan para descansar. Cuando uno se cansa, en el trabajo o como ahorita, hay que descansar

SARA: Pero hay veces que no se puede

MARTIN: Que no se quiere

SARA: Tu qué vas a hacer

MARTIN: Nada, descansar

SARA: Se te va a hacer tarde y luego va a ser más difícil

MARTIN: Más difícil, ¿qué?

SARA: Irte

MARTIN: ¿A dónde?., ¿cuándo?

SARA: Martín, ya me quiero dormir

MARTIN: Duérmete

SARA: Te estoy hablando en serio. Viniste a visitarme, entraste sin que yo estuviera, platicamos un rato

MARTIN: (La interrumpe). Y te ayudé con lo del fregadero

SARA: Y me ayudaste, ahora quiero descansar y estar sola

MARTIN Pero puedes estar sola todos los demás días. (Pausa). Es muy noche. Yo te puedo acompañar hoy. Además, salir de noche es peligroso.

SARA: Martín.

MARTIN: Actualmente salir de noche no solamente es peligroso para una mujer. A los hombres también nos va mal. ¿Qué tal si ahorita salgo, me encuentro unos policías y me asaltan?, ¿qué tal si se me acercan unos ladrones y sacan un cuchillo?, ¿qué tal si me roban el reloj, si me roban el suéter, las plumas, mi agenda?. ¿Qué tal eh?, ¿qué tal?

SARA: Ya terminaste.

MARTIN: Soy convincente ¿no?

SARA: Antes, ahora es distinto.

MARTIN: Es distinto pero igual.
Pausa larga.

SARA: ¿Te quieres ir por favor?

MARTIN: Qué te cuesta

SARA: Es mi casa

MARTIN: Yo soy tu visita. (Pausa) Aunque sea ahí (señala el sofá)

SARA: Pero por qué

MARTIN: Es de noche. Actualmente salir de noche no es solamente . . .

SARA: (Lo interrumpe) Ya.

MARTIN: Andale.

Pausa larga. Sara molesta va al ropero, saca unas cobijas y las avienta al sofá.

SARA: (Molesta) Ahí están.

Martín toma las cobijas. Las observa. Las deja en el sofá. Se quita el pantalón y los zapatos. Toma las cobijas y se acomoda en el sofá. Sara apaga la luz. Se desviste a oscuras. Se pone un camisón y se mete a la cama.

Transcurre tiempo.

MARTIN: (Con voz de susurro) Sara . . . Sara ¿no tienes frío? . . . tengo frío Sara. Tu cama está calentita. ¿No me haces un campito? . . . ¿eh?.

Transcurre tiempo.

SARA: (Sorprendida y molesta) ¿Qué haces aquí?. Sácate . . . qué poca . . . ¿No entiendes que no cabes en mi cama, es más, qué estorbas? . . . Déjame Martín. Suéltame, ¿qué te crees?.

Sara logra prender la luz del buró. Se zafa de Martín. Está despeinada. Se levanta de la cama. Queda enfrente observando a Martín. El rostro de Martín se encuentra iluminado por la luz de la lámpara de buró. Sus ojos están cerrados.

SARA: Allá están tus cobijas. Quítate. (Pausa). (Mueve el cuerpo de Martín). No te hagas el dormido, quítate de aquí, pero ahorita. (Vuelve a moverlo). Martín. Martín . . . ya, no te hagas. (Se queda inmóvil). Déjame dormir. No tienes madre Martín.

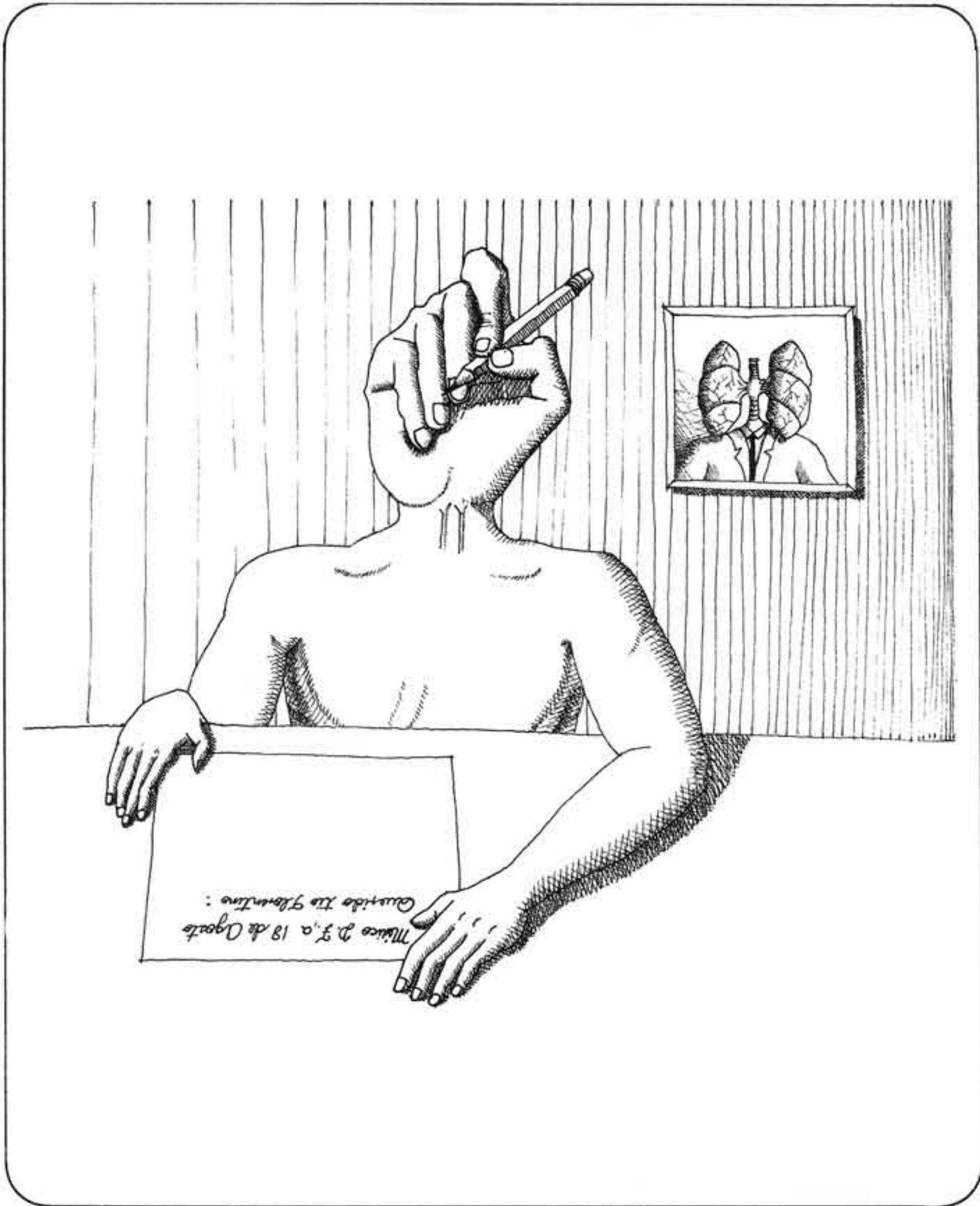
Transcurre tiempo en silencio. Sara se queda inmóvil mirando a Martín.

OSCURO

Escena 2

Es de mañana. Martín se encuentra dormido. Sara está levantada arreglando la casa. Enciende el radio. Martín con mucha dificultad abre los ojos. Se destapa toda la cabeza. Se mueve dentro de las cobijas intentando dormir. Desiste. Se destapa.

MARTIN: (Bocarrriba y con los ojos cerrados) ¿Qué horas son?. (Se acurruca en la cama). ¿Qué horas son Sara?. (Pausa). (Con mucha dificultad abre los ojos. Busca sus lentes en el buró. Tantea con la mano. Tarda en encontrarlos. Se los pone con dificultad y mira el reloj que se encuentra encima del buró). Pero si apenas está amaneciendo. (Se estira). ¿Para qué te levantas a estas horas. (Pausa). ¿A oír cómo canta el gallo?



SARA: (Sin prestar atención) Ajá.

MARTIN: (Se acomoda en la cama) Ay, ni que hubiera gallos por aquí.

SARA: Pues mi vecina tiene gallos y gallinas.

MARTIN: ¿Y a poco ahí compras tus huevos?

SARA: (Sin prestar atención). Sí.

MARTIN: Uy, qué padre. Como si estuvieras en el campo. (Pausa). El rumbo de mi casa es horrible. No hay un solo árbol; ni siquiera un gallo. Yo por eso no me levanto temprano. Cuando me levanto solamente veo edificios, fábricas, smog y pura porquería. El cielo azul brilla por su ausencia.

SARA: (Interrumpe). ¿Nunca dejarás de quejarte?

MARTIN: Si algún día termino mi carrera.

SARA: (Interrumpe con tono sarcástico) Si algún día.

MARTIN: Voy a vivir fuera de la ciudad. Ahora no tengo dinero ni trabajo para cambiarme de casa; pero cuando termine mi carrera te juro que me voy. (Se queda pensativo) Si Sara, me voy.

SARA: (Gustosa) ¿Ya te vas?

MARTIN: No, digo que cuando termine mi carrera me voy a ir de esta mugre ciudad.

Martín va al baño.

SARA: Te la pasas soñando.

MARTIN: Prefiero soñar a que me falte imaginación.

SARA: (Con reproche) Pues uno puede utilizar su imaginación para cosas más productivas.

MARTIN: (Burlón) ¿A sí, cómo para qué?

SARA: Como para trabajar, decorar una casa o componer una canción.

Martín sale del baño y se coloca muy cerca de Sara.

MARTIN: (Burlón) ¡Ah, qué interesante; ni me lo imaginaba!

SARA: (Se aparta de Martín) Deja de burlarte.

Sara va a la cocina para preparar café.

MARTIN: No, yo nomás digo.

SARA: Pues mejor ni digas.

MARTIN: T' bueno pero no te enojas.

Martín va a la cocina donde está Sara, saca las tazas. Lleva el azúcar a la mesa. Pone dos manteles y las cucharas. El pan dulce del día anterior lo pone en un plato y lo lleva a la mesa. Se sienta Sara sirve el café y lo lleva a la mesa.

MARTIN: ¿No estás contenta de tener el día libre?

SARA: No.

MARTIN: ¿Por qué no?

Sara le pone azúcar a su café. Le sopla para que enfríe. Martín la observa.

MARTIN: ¿Eh?

SARA: Porque no.

MARTIN: Trabajar es espantoso. Las oficinas son re frías y oscuras. Con un jefe encima y para colmo la gente del trabajo es insupportable. (Pausa). Hoy dedícate a descansar. Yo te consiento.

SARA: Tú me consientes a cambio de qué.

MARTIN: Te consiento simplemente.

SARA: Simplemente a cambio de qué.

MARTIN: Bueno ya, si no quieres no te consiento y punto.

Sara se levanta de la mesa con las tazas y las deja en el fregadero. Desde ahí mira y oye a Martín.

MARTIN: A mí me encanta cuando no voy a trabajar. Me levanto tarde, desayuno cualquier cosa y me quedo pensando un rato largo. Pienso en lo que hice el día anterior, en mi jefe, en mis amigos. También pienso en tí. (Pausa). Después me visto y pienso a donde voy a ir. Siempre termino llendo al parque que más te gusta, ¿te acuerdas?

Martín se queda pensativo. Sara se sienta en una silla enfrente de la mesa

MARTIN: A ti, ¿qué te gusta hacer?

SARA: Trabajar.

MARTIN: (Sorprendido) ¿Trabajar?

SARA: Sí

MARTIN: ¿Me lo juras?

SARA: Sí

MARTIN: Nunca había oído a alguien decir que lo que le gustaba hacer era ir a trabajar. (Burlón) Pero sí, cada quien tiene sus gustos (Pausa). ¿Por qué?

SARA: Porque trabajo.

MARTIN: No, en serio.

SARA: Porque me siento bien

MARTIN: Pero te puedes sentir bien en otros lugares. (Pausa). Qué me late que no has buscado bien.

SARA: (Molesta) Pues si así te parece entonces no preguntes.

Sara se levanta de la mesa enojada. No sabe qué hacer. Va a la cama y empieza a tenderla.

MARTIN: Déjalo Sara, yo después lo hago.

SARA: Después ¿cuándo?

MARTIN: Después. Hoy es día de descanso; por qué tanta prisa.

SARA: No me gusta ver la cama destendida.

MARTIN: Ahorita la tiendo.

SARA: No, quédate ahí sentado *pensando*, que es lo que te gusta hacer.

Martín se levanta de la mesa, se dirige a Sara y la toma de las manos.

MARTIN: ¿Qué pasa?

Sara se suelta de las manos y sigue tendiendo la cama.

SARA: Nada.

MARTIN: Cuando pienso, pienso en ti. Hasta sueño contigo.

SARA: Mientras tú piensas o sueñas yo estoy aquí como mensa. Además solamente sueñas y piensas en mí según te convenga. Pareciera que no existo y que ni sentimientos tengo.

MARTIN: Me gusta que tus sentimientos estén conmigo, lo necesito.

SARA: Lo que yo necesito es que te calles o te vayas. Desde que empezaste a hablar no has oído nada de lo que yo he dicho. ¿Qué crees que el único que piensa aquí eres tú?. (Pausa). Contéstame.

MARTIN: No

SARA: ¿Entonces?

MARTIN: Es que tú tampoco hablas.
Suenan el teléfono.

SARA: No hablo contigo.

Martín se levanta a contestar el teléfono. Sara se le adelanta y lo contesta.

SARA: Bueno . . . sí, sí, soy yo, (le da la espalda a Martín). Hola, cómo estás . . . pues aquí aburrida . . . es que a mi jefe se le ocurrió darnos el día libre . . . no te creas . . . en la noche nada . . . me encantaría (rápidamente se levanta Martín para ver la cara de Sara) órale . . . si yo espero no te apures . . . ay nos vemos . . . adiós.

Sara cuelga el teléfono e inmediatamente Martín pregunta.

MARTIN: ¿Qué te encantaría?

SARA: Qué te importa.

MARTIN: Tengo derecho a saber.

SARA: Aún no tienes derecho a nada. No tengo que porque estarle dando cuentas a nadie.

MARTIN: Pero si siempre me decías con quien hablabas por teléfono.

SARA: Por pendeja. (Burlona) No había secretos entre nosotros. ¿Crees que el tiempo no pasa y que las cosas siguen igual?

MARTIN: Pero dime con quién hablabas, ¿no?

SARA: ¿Qué no me oíste?

MARTIN: Sí, sí te oí, pero dime.

SARA: (Desesperada) No entiendes nada. Porque mejor no te vas a tu casa a descansar.

MARTIN: Lo que pasa es que vas a salir esta noche y por eso quieres que me vaya. (Pausa). ¿Verdad?

SARA: Déjame en paz.

Sara toma de algún cajón unas hojas. Va a la cama y las empieza a acomodar en grupos. Martín se queda pensativo. Transcurre tiempo. Martín empieza a ver cuidadosamente los objetos que hay en la casa. Abre un cajón y saca unas llaves.

MARTIN: ¿Y éstas?

SARA: (Se dirige a Martín con desgano) Son copias de las llaves del departamento; (extiende la mano) dámelas.

MARTIN: (Se guarda las llaves en la bolsa de su pantalón) ¡Qué buena suerte!

Martín sin prestar atención a lo que Sara dice, continúa observando los objetos de la casa. Sara lo sigue hasta que desiste.

SARA: Siempre te sales con la tuya.

Sara regresa a la cama y continúa su trabajo.
Transcurre tiempo.

MARTIN: ¿Quién te regaló este cuadro?

SARA: (Sin interrumpir su trabajo) Lo pintó una amiga.

MARTIN: Ahh (Ve un cenicero) ¿Y este cenicero?

SARA: Me lo regalo un amigo.

MARTIN: Qué mal regalo, ¿No sabía que no fumas? (Lo inspecciona entre sus manos y lo deja descuidadamente. Se sienta en la mesa y suspira) Qué aburrición. (Se ras-

ca la cabeza. Mira a Sara. Mira a todos lados. Ve los libros) Uno, dos, tres, cuatro, cinco seis.

SARA: ¿Te quieres callar?

MARTIN: (Sin haber interrumpido) Siete, ocho, nueve, diez, doce porque este vale por dos, trece, diez y seis, diez y nueve, veintitres.

SARA: (Despectiva) Ya sabes contar.

MARTIN: Qué poquitos libros tienes. (Pausa). Bueno, también es que no he contado las revistas. Por lo general es lo que lees.

SARA: ¿Te importa?

MARTIN: Hasta eso hay buenas revistas. A mi la verdad me gustan más los libros. Son más chiquitos y cómodos. Las revistas se rompen con cualquier cosa.

SARA: Las rompes con cualquier cosa.

Pausa

MARTIN: ¿Porqué no hacemos algo divertido?

SARA: Estoy trabajando.

MARTIN: Algo divertido entre los dos.

SARA: No me interesa.

MARTIN: De cuándo acá tan digna.

SARA: (Deja su trabajo) Desde que no estamos juntos. Desde entonces hago lo que quiero.

MARTIN: ¿Pero si cuando estábamos juntos decías que eras feliz?

SARA: Por idiota. Ni tú sabes qué es la felicidad. (Pausa) Mira, no quiero discutir de esto, ¿sí?

MARTIN: Si no quieres no discutimos, pero vamos a hacer algo.

SARA: Porque no te vas a dar una vuelta. (Continúa su trabajo).

MARTIN: Vamos al parque hundido.

SARA: Ve.

MARTIN: Vamos.

SARA: (Enojada) Todavía que entras a mi casa y te quedas a dormir; todavía me exiges que salga a donde tú quieras.

MARTIN: ¡No te exijo!

SARA: (Interrumpiendo su trabajo) Ya vamos a empezar a discutir de lo de siempre. Por algo terminé contigo.

MARTIN: Terminamos.

SARA: Bueno terminamos, pero ya vete.

MARTIN: En el fondo no quieres que me vaya Sara.
Sara se mete al baño. Martín toma una revista y se acuesta en la cama.
Transcurre tiempo.
Sara sale del baño. Sin mirarlo se dirige a la cocina y pone agua a calentar en la estufilla.

MARTIN: Porque no de una vez haces una jarra grande de café.

SARA: Porque voy a hacer té.

MARTIN: Yo también quiero.

SARA: Si jefe.

MARTIN: No exageres.

SARA: (Desesperada) Si no te vas de esta casa, me voy yo.

MARTIN: Te acompaño.

SARA: Eres el colmo.
Pausa.

MARTIN: Mejor voy a comprar algo de comer y ahorita regreso. Al fin y al cabo tengo llaves.

SARA: Vete y dame las llaves

MARTIN: Voy rápido, no me tardo.

SARA: No regreses.

MARTIN: No voy, punto. (Pausa). Y luego dices que soy el que te obliga a hacer cosas.

Sara sube a la bicicleta y empieza a pedalear rápidamente.

MARTIN: No me presumas. (Pausa). Ni que fueras tan deportista. (Pausa) (Retador): A ver, te mido el tiempo (Se lo mide) No está tan mal, has mejorado.

SARA: (Sarcástica) Gracias.

MARTIN: Ejercitarse con bicicleta no es tan bueno. ¡Luego te hace unas piernotas!. Además, dentro de una casa se me hace absurdo. Las bicicletas son para manejarse fuera, respirar aire, dar vueltas, ver paisajes.

SARA: ¿Tú lo haces?

MARTIN: No, pero es mejor hacerlo así.

SARA: Si no haces nada, entonces no jodas.
Transcurre tiempo. Sara está cansada.

MARTIN: (Burlón) ¿Ya te cansaste?. Casi ni aguantas.

SARA: Ya no te aguanto a ti.

MARTIN: Aguanta, aguanta. Yo te mido el tiempo. (Ve el reloj): ¡El agua!. Se dirige a la cocina) Se consumió casi toda. Quedó a la mita'. ¿Cuántas le echo de café?

SARA: Quiero té.

MARTIN: ¿Ah, si es cierto!, ya ni me acordaba.

SARA: (Despectiva) Qué raro.

MARTIN: Lo voy a hacer de manzanilla.

SARA: Mejor hazme un jugo de naranja.

MARTIN: Si jefa.
Martín sirve en dos tazas el agua hierviéndolo. Saca de un estante una caja, la abre y saca dos bolsitas de té que coloca en cada taza.

MARTIN: Lo voy a dejar enfriar un poco. A lo mejor hasta te lo tomas frío. (Burlón) Aguantas tanto.

SARA: Hazme un jugo de naranja. Las naranjas están debajo del fregadero y el exprimidor en el primer cajón.

MARTIN: Eres terca como una mula. He querido ser amable contigo y tú con tu carota. ¿Qué crees que no siento?. Y todavía me mandas. Te vine a visitar, pero no a servir, y menos a rogarte.

SARA: No te estoy diciendo que me ruegues.

MARTIN: Siempre has sido así. Chingaquedito. Calladito, calladito. Como si no pasara nada, pero ahí estás insultándome. No sé ni por qué vine a visitarte. (Pausa). ¿Quieres dejar de andar en tu bicicleta?. (Sara le da más rápido a los pedales). ¿No oyes?. (Pausa) No te aguanto.

SARA: Pues vete.

MARTIN: ¿Para que salgas esta noche?

SARA: De cualquier manera voy a salir.

Suena el teléfono.

MARTIN: A ver, deja tu bicicleta y ve a contestar. (Pausa). Van a colgar. (Pausa). (Despectivo señalando el teléfono): Es tu cita de esta noche. (Pausa). Cuanta perseverancia tienen tus pretendientes. ¿Te estás volviendo famosa. . . u otra cosa?. Si quieres no me contestes, me lo imagino.

SARA: (Suelta repentinamente los pedales y grita) ¡Te quieres callar! Mientras el teléfono y los pedales siguen sonando, ocurre el oscuro.

OSCURO

Escena 3.

Se enciende la luz. No hay nadie en la estancia. Se oye el ruido de la regadera. La estancia está un poco desordenada. Se oye que entra una llave en la cerradura de la puerta. La puerta se abre y entra Martín. Martín viene cargado de cosas; bolsas, posters, adornos, trastes, herramienta, etc. . . Deja todo en el suelo, va a la puerta y empuja con los pies al

interior de la casa una caja. Repite la operación. Empieza a sacar de las bolsas y a acomodarlas en la casa. La herramienta la coloca debajo de la cama. Las cosas de cocina en la alacena. Pone posters y las cajas con libros cerca del librero. En la mesa pone un mantel, cuelga una lámpara. Guarda ropa en el ropero. Coloca en el buró una maceta, etc. . . Sara sale del baño en bata con una toalla en el pelo. Se queda inmóvil y perpleja observando a Martín.

SARA: ¡No tienes límite Martín!

MARTIN: ¿Por?

Silencio

SARA: ¡Qué poca madre! (Tropieza con algún objeto traído por Martín). (Contenida): ¿Quisieras ser tan amable de recoger?

MARTIN: (Observa algo que acomodó e ignora a Sara) No.

SARA: Pero mira como tienes.

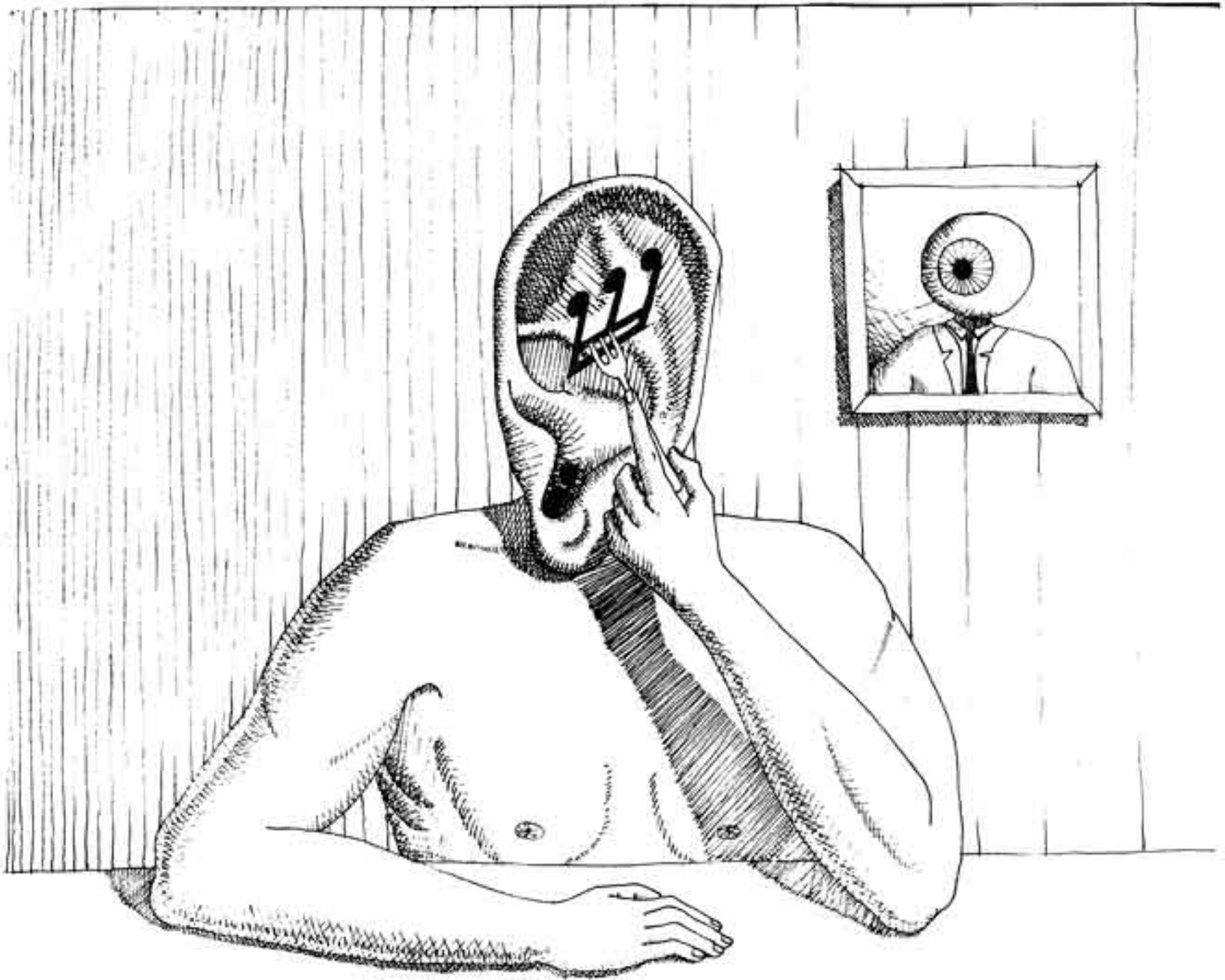
Martín empieza a recoger cosas de mala gana. Sara lo mira, se quita la toalla de la cabeza, va al tocador y cepilla su pelo. Rápidamente Martín suspende su trabajo y se sienta frente a la mesa. Toma un lápiz y empieza a escribir. Sara se levanta y se dirige al ropero.

SARA: (Volteando a ver a Martín): Qué poca.

Sara saca ropa del ropero y la coloca en la cama. Regresa al tocador y empieza a pintarse.

MARTIN: Dos, ocho veintitres, cuarenta y siete y llevamos cuatro. Cuatro por cuatro, ocho, trece, veinte. (Pausa). Cuatro por siete, cuatro por siete- siete por cuatro. ¿Cuánto es siete por cuatro? (Voltea a ver a Sara) ¿eh?

SARA: (Enojada) Cuarenta.



- MARTIN: Treinta y llevamos tres. Cuatro por dos ocho. Me debes ochocientos cuarenta pesos. (Pausa). (Mira a Sara); Ochocientos cuarenta.
- Silencio
Martín se levanta de la silla y va a la cocina para preparar un café. Suena el teléfono.
- SARA: Yo voy.
- Martín se apresura y contesta el teléfono. Sara se le queda viendo.
- MARTIN: ¿Sí? . . . no, no se encuentra.
- SARA: ¿Quién es?
- MARTIN: Mire habla su marido, no sé a la hora en que regrese (Sara intenta alcanzar a Martín y quitarle el teléfono. El la esquiva y ella lo persigue).
- MARTIN: Si quiere puede dejar un recado. . . bueno como guste . . . hasta luego.
- Martín cuelga el teléfono.
- SARA: (Levantando el teléfono) Bueno, bueno. (Cuelga el teléfono y mira enojada a Martín). ¡Con qué derecho!
- MARTIN: Pensé que no querías hablar con él.
- Sara va por su libreta. Busca un teléfono y empieza a marcar.
- SARA: Perdone, ¿se encuentra Raúl? . . . Gracias Hola Raúl habla Sara . . . bien, bien . . . oye, ¿tú no acabas de hablar por teléfono? . . . chin. . . no, es que no entró la llamada . . . gracias, nos hablamos después. (Cuelga el teléfono y vuelve a marcar) Hola Rocío, no se encuentra Roberto? . . . Gracias. (Cuelga el teléfono, busca en la libreta y marca) Perdone, ¿no se encuentra René?
- MARTIN: Erre con erre cigarro.
- SARA: (Tapa la bocina) Pendejo. Hola, qué tal, habla Sara . . . bien, bien . . . oye, perdona que te moleste, ¿no me hablaste hace rato? no, es que se cortó la comunicación . . . gracias . . . hasta pronto.
- MARTIN: Erre con erre barril. Barril, Roberto, Raúl, René. Lástima, yo me llamo Martín, pero me podrías decir Ratín.
- SARA: No te preocupes, no estás en mi lista. (Pausa). Por qué demonios dijiste que eras mi marido.
- MARTIN: Pura ocurrencia.
- SARA: Vete al carajo con tus ocurrencias. (Pausa). Ahora ya no sé quién me habló por teléfono.
- MARTIN: Qué preocupación.
- SARA: Pues sí.
- Sara va al tocador y continúa pintándose.
- MARTIN: ¿Con quién vas a salir esta noche?
- SARA: Con unos amigos.
- MARTIN: ¿Yo los conozco?
- SARA: No.
- MARTIN: ¿Son del trabajo?
- SARA: No
- MARTIN: ¿Entonces?
- SARA: Ya deja de preguntar
- MARTIN: ¿Son muchos?. (Pausa). ¿Eh?
- SARA: Qué te importa.
- MARTIN: ¿Muchos?
- SARA: (Molesta) Son Javier, Alicia, Raúl, Julieta y yo.
- MARTIN: Ahh, (Pausa). ¿No invitas?
- SARA: No
- MARTIN: ¡Ah, es que no es de parejitas!
- SARA: Aunque lo fuera. (Sarcástica): Además, nosotros ya no somos parejita.
- Sara se levanta, va al ropero y saca la plancha. Abre el burro, va por su vestido y lo empieza a planchar. Martín toma unos posters y empieza a pegarlos en la pared.

MARTIN: Este poster me lo regaló un amigo. Aunque a mí no me gustan los caballos, el paisaje es bonito. (Toma otro poster y lo pega). Este pa' que veas si me gusta, lo compré hace un año en peritrece. Está un poco maltratado, pero de lejos no se nota. (Los observa de lejos) Quedo bien, ¿verdad?

SARA: Están horribles.

MARTIN: Lo que pasa es que te da envidia.

SARA: ¿Envidia de tus cosas?, ni que estuviera loca. Por favor, quita esos posters de ahí. Ya con los que pegaste antes es suficiente.

Martín empieza a acomodar algunos libros en el librero. Sara termina de planchar. Cuelga su vestido en un gancho y lo coloca fuera del ropero. Observa los posters que puso Martín, va hacia ellos y empieza a quitarlos.

MARTIN: ¿Qué haces?

SARA: Quitando estos posters que están espantosos.

Martín intenta impedirsele. Sara termina de quitarlos y va al librero para quitar los libros que colocó Martín; los avienta en una caja. Martín mientras ha ido a colocar de nuevo los posters; al darse cuenta de lo que está haciendo Sara, corre hacia ella para impedirsele.

MARTIN: Preferible que estén los libros aquí, que guardados en las cajas.

SARA: No quiero tus libros ni aquí ni en las cajas.

MARTIN: (Le arrebató los libros) Déjalos, son míos.

SARA: Y éste es mi lugar.

MARTIN: Me costó mucho trabajo acomodarlos.

SARA: A mí eso me tiene sin cuidado. (Martín la toma de los brazos). ¡Déjame!

Sara se aleja. Martín la empieza a perseguir. Sara se apresura a subir en la bicicleta.

SARA: ¡Ya!

MARTIN: (Pone los brazos sobre el manubrio) A ver, huye

Martín se sienta.

MARTIN: (Retador) Así que no te gustan mis posters.

SARA: Mira Martín, cuando vivíamos juntos cada quien podía poner en la casa lo que quisiera. Ahora esta casa yo la arreglo a mi gusto. Si estos posters se me hacen horribles, no los quiero ver aquí.

MARTIN: En primeras no están horribles, y en segundas no es cierto que cada quién ponía en la casa lo que se le diera la gana. Tú eras la que disponías todo. Esto va aquí, esto va allá; no, este florero es espantoso, si quieres ponlo en tu estudio.

SARA: No es cierto.

MARTIN: Cómo no va a ser cierto. Todos estos posters los tengo guardados desde hace mucho tiempo.

SARA: ¿Por qué no los pones en tu casa?

MARTIN: No tengo casa.

SARA: Como no, ¿y la que te rentó tu amigo?

MARTIN: La vendió.

SARA: Entonces, ¿dónde vives?

MARTIN: Aquí.

SARA: (Exclama) ¿Aquí?

MARTIN: Sí.

SARA: Eres un mentiroso, si tú me dijiste . . .

MARTIN: (Interrumpe) Si te decía esto me corrías.

SARA: Te corrí desde el principio, pero como siempre haces lo que quieres.

MARTIN: Tú también hiciste lo que quisiste. Me dejaste. Nunca oíste mis explicaciones.

SARA: No tenían ningún fundamento.

MARTIN: ¿No era suficiente decir que iba a cambiar?

SARA: Siempre dijiste eso. Una más una menos.

MARTIN: Pero esa vez iba en serio.

SARA: También me lo dijiste siempre. Lo único que había en ti era desinterés. Como si todo fuera un chiste y tú el payaso. Todo lo que decías te lo tenía que aplaudir; si no, te ponías furioso y me dejabas de hablar. Cuántas veces te pedí perdón sin ningún motivo.

MARTIN: No te hagas la mártir.

SARA: Y siempre me constestabas que no me me hiciera la mártir. Me cansé Martín, me cansé.

MARTIN: A mí me cansan tus discursos. ¿Qué lo único que sabes hacer es quejarte?

SARA: Todas las noches te esperaba. Leía una revista y la inquietud no se me quitaba. Hablaba por teléfono con Margarita. Oía todo lo que yo le decía; a veces venía a la casa. Un día trajo a su íntima amiga. ¡Qué simpática era!. Nunca me había reído tanto; chiste tras chiste; en su cara siempre una sonrisa. Estudiaba comercio, insistía en que la acompañáramos, quería que fuéramos compañeras de escuela. Y ya ves, entré a la Academia. Ibamos al cine, paseábamos por el parque, comentábamos artículos de revistas. (Pausa) Tú nunca estabas en la casa. Yo no te dije nada. (Resentida): Comenzé a tenerte coraje, una rabia infinita; y jamás te diste cuenta. Nunca supiste qué sentía, qué pensaba, a dónde iba. Sabías que estudiaba y creías que después de la escuela regresaba a la

casa. Pero no era así. María me enseñó muchas cosas. Conocí lugares, me presentó a Raúl.

MARTIN: ¿Raúl?

SARA: Era muy simpático. Con él platicaba de mis amigas, de la escuela. . .

MARTIN: ¿Raúl?

SARA: El sí me escuchaba.

MARTIN: ¿Salías con otro tipo?

SARA: La Alameda era el lugar que más le gustaba.

MARTIN: ¿Salías con otro tipo?

SARA: (Reacciona) Solamente éramos amigos.

MARTIN: Amigos, ¿crees que me la trago? Por eso me dejaste.

SARA: No te dejé por eso.

MARTIN: ¡Cómo fuiste capaz!

SARA: Tú también lo hiciste.

MARTIN: Y eso qué te importa. Eres una cabrona.

Martín se levanta de la mesa y se dirige a la bicicleta. Sara intenta bajarse.

SARA: Déjame.

Martín empuja la bicicleta y Sara cae con ella. Martín triunfante se tranquiliza un poco. Sara se levanta del suelo y se sienta en la cama. Con dolor se soba los golpes. Solloza un poco. Empieza a vestirse. Se pone el fondo y cesa el sollozo. Sara voltea a ver a Martín con coraje. Ve el buró y tira todo lo que hay en él.

SARA: ¡Lárgate de esta casa y llévate todas tus porquerías!

MARTIN: Mis cosas no (Empuja a Sara a la cama). Sara se coloca bocabajo. Empieza a llorar fuerte y con coraje. Voltea a ver a Martín. Se levanta de la cama, lo empuja y empieza a arrancar posters, a tirar los libros y las cosas que trajo Martín.

SARA: Me ahoga tu mierda. Llévatela a otra parte. No la vengas a poner aquí en mi casa.

MARTIN: (Autosuficiente): Con que esas tenemos

Martín tira cuadros, trastes, ropa y libros. Sara se dirige a Martín y empieza a recoger lo que él tiró. Sara se da cuenta que el agua chorrea del fregadero. Corre hacia ella e intenta cerrarla. Es inútil su esfuerzo. Empieza a poner jergas para secar el agua. No ha dejado de observar a Martín. Martín muy seguro de si mismo toma entre sus manos un florero y lo inspecciona.

SARA: Ese florero no lo tires. (Se dirige hacia él). Por favor no lo tires.

Martín triunfante azota el florero contra el piso.

SARA: ¡No!

Sara le avienta la caja de herramienta a Martín. Le pega fuertemente en la espalda y él se tiene que sentar adolorido.

MARTIN: Oye Sara, qué te crees.

Sara mientras tanto ha empezado a recoger los pedazos del florero. Se levanta y se le echa encima a Martín.

MARTIN: (Intentando detenerla) Déjame. (Forcejean) Estáte en paz.

Sara le quita los lentes y se aleja de Martín.

MARTIN: (Despacio se empieza a acercar a ella) Dámelos

SARA: (Con coraje) Ahora no te doy nada. Antes si querías te daba mi cuerpo, si querías te daba un café, mis besos y todo. Ahora no te doy nada ni mi cariño, ni mi casa, ni tus lentes.

MARTIN: Ya, dámelos.

Sin mucha prisa ella se aleja de él y él la sigue. Su cercanía se ve interrumpida por la mesa.

SARA: Solamente pides; a mí y a todos los que te rodean. La palabra que siempre pronuncias es quiero. De esa maneja mejor no me quieras.

MARTIN: Quiero mis lentes. No estoy jugando.

SARA: ¿Crees que para mí esto es un juego? Pues te equivocas. Juegos los tuyos, con tus reglas, con tus dados. No, te estoy hablando en serio. Tan en serio que me tienes que escuchar.

Martín se sienta en la mesa sin saber que hacer. Se frota la cara.

MARTIN: (Como concesión) A ver, dime.

SARA: (Enojada): Debo pensar que estás esperando algo a cambio. Tus lentes acaso, ¿o una reconciliación? Un cariñito cuando quieres coger, una risita cuando me vas a pedir un favor o quieres que te lleve el desayuno a la cama.

MARTIN: ¿Ya terminaste?

SARA: Esto no es un discurso, son mis sentimientos. (Sara le avienta los lentes. Martín los toma entre sus manos).

SARA: ¿Te das cuenta qué siento?, ¿te das cuenta?

Martín se pone los lentes.

SARA: Siento alegría, siento tristeza, odio, coraje. Coraje de ti y de mí. Coraje de que estés igual.

Martín se levanta de la silla y se dispone a salir.

SARA: Coraje, coraje acumulado tantos años; contra ti, contra tu orgullo.

Martín sale, cierra la puerta y Sara grita más fuerte.

SARA: Por egoísta, porque eres insoportable (Progresivamente baja la voz) insoportable . . . coraje . . . coraje.

Silencio. Sara se queda inmóvil. Está a medio vestir. El pelo mojado y revuelto. Mira el agua chorreando, toda la casa. Respira profundo. Empieza a levantar las cosas lentamente.

OSCURO FINAL

SARA: Hazme un jugo de naranja. Las naranjas están debajo del fregadero y el exprimidor en el primer cajón.

MARTIN: Eres terca como una mula. He querido ser amable contigo y tú con tu carota. ¿Qué crees que no siento?. Y todavía me mandas. Te vine a visitar, pero no a servir, y menos a rogarte.

SARA: No te estoy diciendo que me ruegues.

MARTIN: Siempre has sido así. Chingaquedito. Calladito, calladito. Como si no pasara nada, pero ahí estás insultándome. No sé ni por qué vine a visitarte. (Pausa). ¿Quieres dejar de andar en tu bicicleta?. (Sara le da más rápido a los pedales). ¿No oyes?. (Pausa) No te aguanto.

SARA: Pues vete.

MARTIN: ¿Para que salgas esta noche?

SARA: De cualquier manera voy a salir.
Suenan el teléfono.

MARTIN: A ver, deja tu bicicleta y ve a contestar. (Pausa). Van a colgar. (Pausa). (Despectivo señalando el teléfono): Es tu cita de esta noche. (Pausa). Cuanta perseverancia tienen tus pretendientes. ¿Te estás volviendo famosa... u otra cosa?. Si quieres no me contestes, me lo imagino.

SARA: (Suelta repentinamente los pedales y grita) ¡Te quieres callar! Mientras el teléfono y los pedales siguen sonando, ocurre el oscuro.

OSCURO

Escena 3.

Se enciende la luz. No hay nadie en la estancia. Se oye el ruido de la regadera. La estancia está un poco desordenada. Se oye que entra una llave en la cerradura de la puerta. La puerta se abre y entra Martín. Martín viene cargado de cosas; bolsas, posters, adornos, trastes, herramienta, etc. . . Deja todo en el suelo, va a la puerta y empuja con los pies al

interior de la casa una caja. Repite la operación. Empieza a sacar de las bolsas y a acomodarlas en la casa. La herramienta la coloca debajo de la cama. Las cosas de cocina en la alacena. Pone posters y las cajas con libros cerca del librero. En la mesa pone un mantel, cuelga una lámpara. Guarda ropa en el ropero. Coloca en el buró una maceta, etc. . . Sara sale del baño en bata con una toalla en el pelo. Se queda inmóvil y perpleja observando a Martín.

SARA: ¡No tienes límite Martín!

MARTIN: ¿Por?

Silencio

SARA: ¡Qué poca madre! (Tropieza con algún objeto traído por Martín). (Contenida): ¿Quisieras ser tan amable de recoger?

MARTIN: (Observa algo que acomodó e ignora a Sara) No.

SARA: Pero mira como tienes.

Martín empieza a recoger cosas de mala gana. Sara lo mira, se quita la toalla de la cabeza, va al tocador y cepilla su pelo. Rápidamente Martín suspende su trabajo y se sienta frente a la mesa. Toma un lápiz y empieza a escribir. Sara se levanta y se dirige al ropero.

SARA: (Volteando a ver a Martín): Qué poca.

Sara saca ropa del ropero y la coloca en la cama.
Regresa al tocador y empieza a pintarse.

MARTIN: Dos, ocho veintitres, cuarenta y siete y llevamos cuatro. Cuatro por cuatro, ocho, trece, veinte. (Pausa). Cuatro por siete, cuatro por siete- siete por cuatro. ¿Cuánto es siete por cuatro? (Voltea a ver a Sara) ¿eh?

SARA: (Enojada) Cuarenta.